Newton Compton Editores

Título original: *Roma Caput Mundi. L'ultimo pretoriano*
© 2016, Newton Compton editori, S.r.l.
© 2023, de la traducción por Juan Carlos Postigo Ríos
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Título original: *Roma Caput Mundi. L'ultimo cesare*
© 2016, Newton Compton editori, S.r.l.
© 2023, de la traducción, por Juan Carlos Postigo Ríos
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Título original: *Roma Caput Mundi. L'ultima battaglia*
© 2016, Newton Compton editori, S.r.l.
© 2024, de la traducción por Juan Carlos Postigo Ríos
© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-88259-36-4
DL: B 11.848-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Brioworkx

Impreso en noviembre de 2026 por Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Esta obra está protegida por la legislación vigente en materia de propiedad intelectual. Queda prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley. Asimismo, de conformidad con el artículo 4.3 de la Directiva (UE) 2019/790 y con el artículo 67.3 del Real Decreto-ley 24/2021, de 2 de noviembre, el titular de los derechos reserva expresamente cualquier uso de esta obra y de cualquiera de sus partes con fines de minería de textos y datos, incluida su reproducción o extracción mediante sistemas automatizados, algoritmos o sistemas de inteligencia artificial, así como su utilización para el entrenamiento, desarrollo o mejora de modelos de inteligencia artificial, incluidos los modelos generativos.

Andrea Frediani

Roma Caput Mundi

El último pretoriano

El último césar

La última batalla

Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

El último pretoriano

CAPÍTULO I

Margum, Panonia, 285 d. de C.

¿Hojas rojas como en otoño?

A Sexto Martiniano le pareció raro que el árbol que estaba más cerca de él tuviera matices rojizos en su follaje. Pero luego, evitando una nueva embestida del adversario con un ágil movimiento de cuerpo, le pareció aún más extraño que un recluta, en su primera batalla, tuviese tiempo y sangre fría para apreciar el aspecto de la vegetación.

«Salpicaduras de sangre… Por eso, de repente, en pleno verano, los árboles se teñían de los colores que preceden a la siguiente estación», se dijo a sí mismo acercando el escudo al del compañero de al lado para cerrar filas y resistir a la presión enemiga. Llovía sangre sobre los cascos de los combatientes, que se enfrentaban por el dominio del imperio, como había ocurrido tantas veces a lo largo de los años anteriores. No eran hordas bárbaras sedientas de botín, que también presionaban a lo largo de las fronteras, ni ejércitos extranjeros con armas desconocidas, sino hombres de los que únicamente se diferenciaba por el símbolo de sus respectivas legiones.

En otro periodo de la historia de Roma lucharían codo con codo contra un enemigo común.

Pero eso hubiera sido en otra época. Martiniano recordaba las historias de su padre senador, y de su abuelo, que también se contaba entre los padres conscriptos; incluso ellos habían combatido contra romanos en un tiempo en el que las guerras civiles y los cambios de régimen estaban a la orden del día. Veinte emperadores en menos de cincuenta años, y todos habían ascendido al poder por la fuerza de las armas. Había algo en el imperio que no iba bien.

Martiniano se preguntó si su soberano, Carino, valía el sacrificio que él y sus hermanos de armas estaban realizando. Aunque ganara aquella batalla contra el nuevo pretendiente al trono, Diocles, ¿cuánto tiempo

pasaría antes de que lo eliminara un nuevo aspirante a la corona o un golpe de Estado? ¿Y de qué valdrían todos aquellos muertos que veía a su alrededor en los dos bandos? Para despejarle el camino quizás a los bárbaros, que con la próxima invasión encontrarían las fronteras aún más indefensas…

Se percató de que estaba pensando demasiado. «Un buen pretexto para acabar muerto», se dijo mientras el centurión le gritaba que empujara más fuerte con el escudo contra la barrera de espadas, lanzas y escudos enemigos. Un soldado no debía permitir que sus reflexiones condicionaran sus acciones, tenían que ser máquinas de matar; eso le habían enseñado durante el adiestramiento cuatrimestral, el cual había concluido hacía poco. Veía a los reclutas a lo largo de su línea mucho más decididos que él, pero aquello no le sorprendía. Pertenecían todos a la plebe, muchachos acostumbrados a actuar, más que a pensar. Pero a él… los años de estudio de los autores clásicos, la vida acomodada como hijo de un senador en Roma, viviendo entre la diversión y las termas, desde luego no le habían preparado para la dura existencia del soldado ni para los riesgos de un combate campal. ¡Él se aferraba con uñas y dientes a la vida! Mucho, para pelear con convicción.

Sin embargo, pronto se convertiría en tribuno, como todos los hijos de los senadores. No podía permitirse mostrar miedo ni incompetencia. En el futuro tendría que dar ejemplo a los hombres que estarían bajo sus órdenes. Cuando el empellón de un adversario lo desequilibró, corriendo el riesgo de caer al suelo y ser pisoteado por sus propios compañeros, decidió que nunca permitiría que dejaran en mal lugar a su padre ni el buen nombre de su distinguida familia. Era hijo de Roma –recordó–, heredero de una ilustre tradición, y jamás iba a ser un cobarde en el campo de batalla.

Lanzó un grito de aliento, más para sí mismo que para los compañeros, y extendió la lanza hacia delante, buscando las partes sin protección del soldado que se balanceaba frente a él. La presión era enorme, adelante y atrás; el joven escuchaba en sus oídos los gritos de los guerreros, los impactos de armas y corazas contra su casco le retumbaban en la cabeza, le aparecían decenas de magulladuras en el cuerpo, el sudor le acosaba con hilos de olor acre y su olfato reconoció además el hedor penetrante de heces y orina. Al parecer, alguien tenía más miedo que él.

No había nada que hacer. Su lanza no acertaba en el objetivo. Repitió las estocadas varias veces, pero o un compañero lo empujaba haciéndole perder el punto de apoyo o sus camaradas apartaban al enemigo. No era

así como se había imaginado una batalla; pensaba que tenía que poner a prueba sus habilidades con las armas en combate, y en cambio no se trataba más que de una caótica refriega en la que a duras penas se distinguía a los amigos de los enemigos y los golpes se asestaban sin ton ni son. Los soldados caían al suelo muertos o heridos, aunque no siempre habían sido el blanco de sus verdugos. Otros se tambaleaban cubiertos de sangre, obstaculizando a sus compañeros más activos, quienes terminaban usándolos como escudos contra las arremetidas enemigas.

Él también cayó. Martiniano malogró su verdadero objetivo y atravesó a su primera víctima, pero no pudo disfrutarlo. El hombre ya estaba medio muerto antes de que él le alcanzara, solo que no había caído al suelo porque los reducidos espacios no se lo habían permitido. El joven intentó sacar la lanza, pero le estorbó la presión de sus compañeros. Mientras tanto, un enemigo había conseguido dar un paso hacia él y apuntarle con la lanza. Martiniano pensó que estaba acabado, a merced del legionario. Trató de oponer resistencia con el escudo, pero se dio cuenta de que si giraba el tronco expondría el flanco descubierto a otro adversario que lo acosaba. Acabó soltando la lanza y desenvainó la espada. Fue el instinto de supervivencia lo que le permitió desviar la estocada del asta enemiga con la espada con un movimiento de abajo a arriba.

El otro se inclinó dando un paso más hacia delante y Martiniano se lo encontró a un palmo, con el cuello casi bajo su nariz. Seguía teniendo la espada levantada y el entrenamiento que recibió en los meses anteriores fue lo que le sugirió que dejara caer el mandoble de vuelta justo sobre aquel blanco vulnerable. La hoja se hundió en la tela del pañuelo enrollado justo por debajo del guardanuca; la tela cambió de color rojo y se volvió más oscura. A Martiniano le impactó un potente borbotón de sangre que terminó sobre sus ojos y le impedía ver. Precisamente en ese instante sintió que el estómago le daba un vuelco de miedo por ese momento de impotencia y de triunfo al haber acabado con su primer adversario.

Sintió el sabor metálico de la sangre en la boca. ¿Se había mordido la lengua o era la de su víctima? No le importó. Detuvo un débil golpe enemigo con el escudo y pudo dar un nuevo tajo con la espada, pero el contrario fue lanzado hacia atrás por la presión de los hombres del emperador. Toda la fila rival retrocedió uno o dos pasos y al moverse muchos perdieron el equilibrio y cayeron al suelo. El centurión les gritó que avanzaran y su línea ocupó el espacio que habían dejado libre los legionarios de Diocles, abalanzándose sobre aquellos que tenían menos

posibilidades de defenderse. Martiniano le propinó una patada a un soldado que intentaba levantarse y luego le clavó la punta de la espada antes de que consiguiera ponerse en pie. Se sorprendió por la facilidad con la que se le podía quitar la vida a un hombre. Pero aquello solo duró un instante. Volvió a blandir la espada, mirando a su alrededor para comprender si el combate había avanzado realmente. Sin embargo, el cuerpo a cuerpo era demasiado intenso y no le permitía ver más allá de los cascos y los crestones de los hombres que tenía más cerca. En aquella zona limitada en la que actuaba estaba claro que el ejército imperial se estaba imponiendo. Pero no podía decirse que ocurriera lo mismo en otras partes.

Confiaba en que los comandantes tuvieran una panorámica más amplia que la suya.

–Vamos ganando –declaró el gobernador de Dalmacia, Constancio Cloro, quien observaba desde su puesto en la colina, montado a caballo, el campo de batalla que se extendía a lo largo del río Margo.

–Eso parece –admitió Galerio, uno de los oficiales más altos del Estado Mayor del emperador Carino.

Los dos, acompañados por sus guardaespaldas, observaban los movimientos del sector central del ejército imperial, el cual comandaban. Asimismo, disfrutaban de una visión general de la confrontación, desde el flanco izquierdo al derecho, donde se encontraba el emperador Carino. Los dos ejércitos bullían en la llanura de debajo, fluctuando adelante y atrás, pero el adversario iba poco a poco cediendo terreno hacia el río; «un poco más», pensó Constancio, y muchos de los rebeldes acabarían cayendo al agua.

–Ese Diocles no está hecho para esto –continuó el gobernador, negando con la cabeza–. Tanto esfuerzo para convencer a ese idiota de Carino de que reduzca el centro con el pretexto de ampliar el frente y luego no lo aprovecha…

–Te dije que no lo conseguiría –recalcó Galerio–. No se puede romper una línea si no se aumenta la profundidad de las filas incrementando la fuerza de ataque. Y ese Diocles se ha empeñado en ir contra nuestra derecha solamente porque está el emperador, sin darse cuenta de que es precisamente la más guarnecida porque está Carino.

–Está claro que ha abordado la batalla pensando únicamente en el emperador; cuando muera él, por otra parte, el imperio será suyo –declaró Constancio.

–¿Estás seguro? ¿No vamos a esperar un poco más? Todavía podría conseguirlo… –insistió Constancio.

–¿Y correr el riesgo de perder la batalla? Me parece que no fue eso lo que acordamos –objetó Galerio.

–Pero ¿recuerdas lo que ha especificado su emisario? Que necesitaba una victoria sólida para hacerse con el prestigio necesario para unificar el imperio bajo su cetro. Nosotros solo debíamos intervenir en caso de problemas…

–Exacto. Me parece que no hay duda alguna de que está en problemas.

–Ya –asintió después de dudar un poco Constancio, que volvió a mirar, abatido, el campo de batalla. El ataque del flanco izquierdo de Diocles había encallado contra la robusta falange de la derecha de Carino, y ahora las brechas de los agresores se habían interrumpido, abriendo camino a un contraataque. Sacudió la cabeza, se resignó, espoleó el caballo y, seguido por su compañero y sus guardaespaldas, empezó a galopar hacia el costado del ejército imperial.

Le hubiera gustado evitarlo. Por mucho que Carino fuese un incompetente, y que muchos lo consideraran un tirano, seguía siendo su emperador. Además, era también el hijo de Caro, el hombre que lo había tenido en la palma de la mano y le había conferido la provincia de Dalmacia. Aunque solo fuera por el recuerdo de su padre, a Constancio le hubiera gustado librarse del ingrato deber en el que lo había involucrado Galerio. Pero sabía que cualquier emperador que sucediera a Carino sería mejor que él, y más apreciado. Mientras estuviera en el trono, sus abusos y su ignorancia solo servirían para provocar revueltas y golpes de Estado, ofreciéndoles a los bárbaros nuevas oportunidades de cruzar las fronteras. Y él, que administraba precisamente una provincia fronteriza como Dalmacia, necesitaba concentrar sus fuerzas contra las amenazas externas, sin tener que decidir cada mes con qué partido alinearse en otra guerra civil.

Además, la corona ya estaba a merced de cualquiera. Si se hubiera manifestado como un sólido defensor del imperio, tal vez él también podría haber aspirado al trono, un día u otro. Sabía que Galerio también cultivaba esa ambición, y que un día tendría que enfrentarse con él por un trono.

«Pero por el momento –pensó– solo tenían que encargarse de entregarle el imperio al pretendiente más indicado». Y Diocles, al gozar del apoyo de los territorios orientales, parecía serlo. Llegaron a las proximidades de la colina donde se encontraban el emperador y sus escoltas. Cuando

empezaron a remontar la pendiente al galope, a Constancio le empezó a latir el corazón con fuerza. ¿Y si no lo hubieran logrado? A Carino le hubiese gustado que a la campaña contra Diocles se sumaran las familias de sus principales colaboradores, que había apilado en la ciudad vecina de Margum; lo hizo, como de costumbre, para retenerlos como rehenes. Era consciente de que no lo amaban y procuraba tener garantías; pero también para seguir divirtiéndose con las mujeres y las hijas de sus súbditos, cuya virtud se sabía que perturbaba, por pura lascivia o simplemente para afirmar su poder sobre cualquier persona. Y en Margum se encontraba en ese momento la concubina de Constancio, Elena, con su hijo Constantino. Serían las primeras víctimas de la represalia imperial si su intento hubiera fracasado.

De modo que era preciso que lo consiguiese. Al verlos llegar al galope, los guardaespaldas de Carino se colocaron de manera instintiva para proteger al emperador. Todos excepto uno. Constancio se encontró con la mirada de Licinio, el joven oficial que ardía en deseos de poder vengarse de su señor, y le hizo un gesto de asentimiento. Luego miró fijamente a Galerio, que asintió a su vez.

–¿Qué hacéis aquí? La situación está bajo control, tanto aquí como en vuestro sector –los recibió arrogante el emperador cuando estuvieron lo bastante cerca como para oírlo por encima del fragor de la batalla, a escasa distancia. Carino los miró con recelo, procurando darle a su figura poco marcial talante de soberano. En cambio, la nariz larga y puntiaguda, la barba espesa y la frente amplia hacían que pareciera aquel sátiro que todos ya conocían.

Su cómplice Licinio, con rostro de rasgos marcados y el cuerpo achaparrado, colocó la mano en la empuñadura de la espada, que seguía en la vaina. Su caballo estaba un paso por detrás de los demás, dispuestos entre el emperador y los que acababan de llegar.

–Mi señor, nadie cree que sea digno del imperio –declaró Constancio–. Ni siquiera sus guardaespaldas, a cuyas mujeres ha violado. –Era la señal para Licinio.

El oficial desenvainó la espada sin que sus compañeros lo advirtieran.

Carino parecía confundido por las palabras de Constancio. La respuesta no pudo escapar de su boca, quedándosele el rostro paralizado en una expresión de indignación, cuando la espada de Licinio le penetró justo por debajo de la axila. Por su parte, los guardaespaldas del gobernador y de Galerio, debidamente entrenados, avanzaban extendiendo las lanzas al frente. Los del emperador, sorprendidos, tardaron en reaccionar, y

cuando oyeron el estertor de Carino, que se desplomaba sobre la silla, no supieron si avanzar hacia Galerio y Constancio o sobre el compañero traidor.

–¡Así mueren los tiranos! –gritó Licinio con todas sus fuerzas.

–Sí, así mueren los tiranos, hombres de Carino –repitió Galerio. Le hizo una señal a uno de los suyos, que espoleó al caballo y salió al galope hacia la llanura donde estaban luchando–. En breve los nuestros conocerán la muerte de este imbécil –continuó, dirigiéndose a los guardaespaldas del soberano asesinado–. Y todo aquel que sea tan estúpido de aferrarse a su recuerdo, será aniquilado al instante. Diocles es el único emperador que queda y todos le debemos obediencia a él. Nuestro nuevo soberano sabrá recompensar a quien no le haya puesto obstáculos.

Los guardaespaldas parecían dudar. Se miraron unos a otros, algunos también miraron a Licinio. Este le asestó una patada desdeñosa a Carino, que aún agonizaba y se revolvía débil en el suelo, tratando de desenvainar la espada. Luego le escupió encima, se la quitó y, sorprendiendo a Constancio, la agarró por la hoja ensangrentada ofreciéndosela a un compañero. Este lo miró perplejo.

–Escoge con quién usarla, camarada –dijo el joven oficial.

El hombre vaciló un instante. A continuación, bajó del caballo, asió el arma por el puño, miró a Licinio, luego al emperador, que mascullaba palabras incomprensibles, y dio un paso adelante. Se situó entre el compañero y Carino, mientras los demás guardaespaldas seguían dudando si evitar a los soldados del gobernador o asistir al inminente espectáculo.

Duró un momento. El soldado levantó el brazo. Licinio permaneció impasible, con pequeños ojos brillantes y fuera de sí que de repente se agrandaron. Pero la espada se dirigió hacia Carino, cayéndole de punta sobre el cuello, del que acto seguido brotó a borbotones un torrente de sangre.

Los otros guardaespaldas imperiales aprobaron el gesto del compañero. Licinio le puso una mano en el hombro. Constancio miró a Galerio y soltó un suspiro de alivio.

Había terminado.

La orden de atacar murió en la boca de Osio. Sus hombres estaban listos para lanzarse sobre las huestes de Carino, a la espera solo de su señal, cuando vio a los soldados de las primeras filas del flanco derecho imperial tirar las armas y rendirse.

Y no le gustó en absoluto.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó a su ordenanza–. ¡Ve ahora mismo al mando de sección a informarte! –Luego cabalgó hasta una posición más elevada para conocer personalmente la situación. Cuando alcanzó una modesta altura justo a la espalda de la unidad de la que era responsable, trató de observar el campo de batalla hasta donde le permitía la vista.

Todo el flanco derecho enemigo se había rendido, incluso aquel en el que se encontraba el emperador. Los soldados se movían con los brazos levantados en dirección al flanco izquierdo de Diocles, encomendado a Maximiano, jefe de Estado Mayor del comandante supremo. Osio solo era uno de los legados de legión encargados de la primera línea, pero tenía la intención de jugar un papel mucho más decisivo en la batalla de lo que le permitía su grado.

A favor de Carino.

Observó que en el centro todavía se peleaba ferozmente, mientras que no estaba en condiciones de seguir los movimientos de las tropas del flanco opuesto. De lo que fuera que hubiese pasado en el sector del emperador no habían llegado aún noticias a ninguna parte. Tal vez todavía había tiempo de remediar el desastre de Carino por la derecha. Las cosas parecían ir bien hasta ese momento. Había hecho que le encomendaran la primera línea y había conducido sus huestes a un ataque prematuro, permitiéndoles a los hombres de Carino mantener la posición y prepararse para el contraataque. En el Estado Mayor nadie podría acusarle de incompetencia o mala fe: se había limitado a interpretar las órdenes al pie de la letra. En todo caso, lo podrían haber tachado de falta de imaginación, pero no se trataba de acusaciones que pudieran poner su cabeza en peligro. No tenía futuro a las órdenes de Diocles, pero no le importaba, él tenía la vista puesta en el emperador legítimo.

De hecho, según los acuerdos con Carino, lo acompañaría a Oriente, como segundo emperador legítimo, en el lugar de Diocles, que había sido elegido por sus soldados justo después de la muerte del hermano de Carino, Numeriano.

Por otra parte, ¿por qué no? Diocles solo era un soldado rudo que procedía de los escalafones más bajos del pueblo y de una sombría aldea del Danubio. Él, en cambio, estaba respaldado por una ilustre familia íbera, por ello tenía sin duda más derecho que su comandante supremo a una corona. Era precisamente aquella ambición lo que le había motivado a entablar contactos en secreto, meses atrás, con un colaborador cercano de Carino, Minervio, para ofrecerle en bandeja de

plata la victoria en la inminente e inevitable batalla campal entre los dos contendientes. También se las había ingeniado para congraciarse con los subordinados fundamentales de Diocles, y sobre todo con Maximiano, su brazo derecho, de quien había llegado a ser muy íntimo, haciéndose ejecutor indispensable de todas sus medidas. Hacía tiempo que había comprendido que los poderosos premiaban mejor a los colaboradores fieles que a los valientes, y había puesto mucha atención en secundarlo en cada ocasión, aunque solo fuese un soldado ordinario, incluso más que Diocles, por su mente primitiva y necesidades primarias. Gracias a su actitud prudente, había estado en el lugar adecuado en el momento oportuno, e iba a poder ofrecerle con discreción la victoria a Carino, reclamando su justa recompensa.

Si tan solo los hombres del emperador no se hubieran rendido de pronto.

–El emperador ha caído –le gritó su ordenanza, que llegó al galope junto a él–. ¡Parece que lo han asesinado sus propios hombres! ¡Y en cuanto se ha difundido la noticia, sus tropas han empezado a rendirse a Diocles!

Osio estuvo a punto de soltar un improperio, antes de percatarse de que, frente a sus hombres, debería mostrarse eufórico. Se obligó a levantar el puño en alto en señal de triunfo, esbozó una sonrisa forzada y le pidió al hombre que les comunicara a los centuriones que aceptaran la rendición de los soldados de Carino a medida que bajaban las armas.

En ese momento tenía mayores problemas.

Volvió a observar el campo de batalla. En el centro también empezaba a cesar la resistencia de algunas unidades. La noticia de la muerte de Carino estaba llegando rápidamente a las filas de cada sección del ejército imperial. Con demasiada rapidez. Debía darse prisa. Tiró de las riendas de su caballo y galopó hacia el puesto de Maximiano, a quien encontró ocupado hablando con Diocles. Los dos eran viejos compañeros de armas, casi inseparables, pero sus posturas habían quedado claras por la inteligencia superior del segundo: Maximiano parecía consciente de ser menos capaz que el amigo, y aceptar con tranquilidad su subordinación. Y si Diocles, alto e imponente, pero de rasgos feroces, parecía ya de por sí poco apto para representar la grandeza imperial, Maximiano habría sido el menos probable de los soberanos, con un físico robusto y desgarbado, y cara ancha de luchador, que lo hacían parecer un guardaespaldas del próximo emperador en lugar de su semejante.

–Solicito su atención, señor –declaró Osio, intentando que notara su presencia, y que, al oír su voz, diera un par de pasos hacia él.

–¿Has visto? El día es nuestro –lo recibió el general–. Pero ya sabíamos que ganaríamos, de un modo u otro…

A Osio aquello le sorprendió:

–¿Qué quiere decir, señor?

–Habíamos tomado medidas en caso de que no consiguiéramos imponernos en el combate. Digamos que… sabíamos que Carino tenía muchos enemigos en su Estado Mayor. Y nos han echado una mano…

El íbero se quedó con la boca abierta. Entonces, había habido gente que había hecho un trato con Diocles y Maximiano, al igual que había hecho él con Carino. Más valía que solo el ministro estuviera al tanto de sus contactos con Minervio. Tenía que ser así: a un comandante supremo no le gusta que se sepa que ha vencido gracias a artimañas.

Con mayor motivo había que darse prisa. No tardó en recuperar su sangre fría.

–Señor –replicó–, ¿es posible que algún miembro del Senado aproveche la ocasión para elegir a un nuevo emperador? Si Carino se había granjeado enemigos, no cabe duda de que llevaban tiempo planeando sustituirlo, y tal vez tras las murallas de Margum ya hayan elegido al sustituto. A fin de cuentas, todavía cuentan con gran parte del ejército intacto…

Maximiano lo observaba mientras pensaba.

–Deberíamos apresurarnos en entrar en Margum… –dijo al fin.

–Eso es –señaló Osio, satisfecho con que el superior le estuviese preparando el camino–. Si lo considera conveniente, marcho ahora mismo sobre la ciudad y hago que me abran las puertas. Cuando vos y el emperador lleguéis, lo encontraréis todo en orden. Sabe que puede fiarse de mí.

Maximiano pensó en ello un momento y luego asintió.

–Podemos hacerlo. Espera, se lo diré al emperador –respondió, encaminándose hacia Diocles. Debatió con él y, cuando Osio vio que el soberano lo aprobaba, dejó escapar un suspiro de alivio. Todavía estaba a tiempo de ocultar su traición.

Maximiano volvió hasta él.

–Al emperador le parece bien –le contestó–. Pero lleva contigo una legión del ejército de Carino, elige una de las que ya se han rendido. Así será más fácil que te abran las puertas.

«Podría ser peor», pensó Osio, que asintió, se marchó a caballo y llegó hasta su unidad. El campo de batalla se extendía bordeando un amplio tramo del río. De lejos podía ver algunas zonas más alejadas donde aún arreciaban los combates. Difundió la orden de ponerse en marcha y la

de agregar una legión enemiga a la suya, exhortó a sus subordinados a que se dieran prisa y por último se puso a la cabeza de la columna que se dirigía a la ciudad vecina.

Estaba seguro de que dentro encontraría a Minervio. Era miembro de la corte del emperador, no un soldado, y seguramente se había quedado a resguardo dentro de las murallas de Margum, junto a todos los demás ministros, el personal de la corte y las familias de los generales que, como era sabido por todos, Carino tenía como rehenes. Y conforme se acercaba a las murallas, en su cabeza tomaba forma el plan para evitar ser acusado de asesinato. Pensó, sonriendo complacido por su propia astucia, que los autores de un homicidio no siempre se salen con la suya; los de una masacre sí.

Minervina escuchó a los mayores decir que el ejército imperial iba perdiendo. Había rumores incluso de que el emperador había muerto. No se sintió mal por ello, Carino siempre le había parecido odioso; cada vez que su madre lo veía volvía la cara para otra parte, adoptando una expresión de disgusto y, le parecía, de vergüenza. En cambio, el padre siempre lo seguía como un perrito faldero, con actitud servil, y velaba por complacerle por todos los medios, sin molestarse demasiado si el emperador llegaba a dejarlo a la altura del betún delante de todo el mundo.

Desde su punto de vista, cualquiera que lo hubiera matado habría hecho bien. Carino había enfadado de algún modo a su madre y humillado continuamente a su padre. Además, los padres discutían a menudo por su culpa. Para una muchacha de trece años, aquello era suficiente para detestar a un hombre. Aunque se tratara del emperador en persona.

Pero el auténtico problema era que los soldados en los que confiaba su padre iban perdiendo. Minervio estaba inquieto, pero no aterrorizado, como podría suponer su hija. Se podía esperar que les diese órdenes a los sirvientes para que prepararan la huida, y sin embargo había reunido a los demás funcionarios de la corte y a los senadores, y les estaba instruyendo sobre cómo recibir y apoyar a los vencedores una vez que entraran en la ciudad. Parecía estar deseando organizar una especie de comité de bienvenida y la mujer lo miraba con una expresión de asco mientras sacudía la cabeza.

Minervina no lograba entender qué separaba a sus padres y por qué la madre reprobaba el comportamiento del marido. Ella los amaba a los dos y lo único que deseaba era que se pusieran de acuerdo. Por el

contrario, aprovechaban cualquier excusa para discutir. Como en ese momento, por ejemplo. Minervio quería que salieran del palacio y fueran a la tribuna. La madre se negaba.

–¿Pero es que nunca dejarás de postrarte ante los poderosos? ¿No tienes ni un poco de dignidad? –protestó la mujer–. Has sido el colaborador más cercano del emperador, ¿cómo puedes pretender que Diocles vaya a considerarte creíble?

–Necesitan funcionarios expertos en Occidente –respondió el padre–. A ellos les interesa servirse de mi experiencia, y mi intención es convencer al nuevo emperador de que no puede hacerlo sin mí. No veo qué hay de malo en querer salvar la piel y al mismo tiempo prestar servicio al imperio.

–Me das asco.

–¿Qué me importa a mí? ¿Te crees mejor que yo? ¿Es que tú tampoco te has postrado ante Carino?

La mujer lo fulminó con la mirada. Minervina pensó que, si su madre la hubiese mirado a ella de esa manera, se habría puesto a llorar.

–A mí me obligaron, como a todas. Y tú no dijiste ni hiciste nada… –siseó entre dientes.

–¿Querías que me cortaran la cabeza? ¿Tanto te preocupaba? –Minervina los había escuchado mil veces decir aquellas insinuaciones, pero no entendía qué significaban–. Ya basta, ¡vayamos a su encuentro! –concluyó el padre contundentemente.

La mujer meneó la cabeza con una mueca, pero al final obedeció. La niña con mucho gusto habría prescindido de él. Habría preferido quedarse en el palacio, quizá jugando con el resto de los hijos más jóvenes de los generales que participaban en la batalla junto al emperador. Entre los niños, en especial, había uno que le fascinaba. Era un joven alegre, de lejos el más resuelto de todos, hasta el punto de ser capaz de imponerse incluso sobre los que eran mayores que él.

–¡Constantino! –exclamó Minervina cuando se lo encontró en las escaleras. Él también salía con la madre, Elena, concubina del gobernador de Dalmacia, Constantino Cloro, de los aposentos donde el emperador deseaba que esperaran las familias de sus colaboradores–. ¿A dónde vas? –le preguntó. El niño tenía una luz en los ojos que dejaba vislumbrar una voluntad férrea, sin importar lo que hubiera decidido hacer en ese momento.

–Están llegando los soldados y quiero verlos al menos desde las almenas porque no puedo ver directamente la batalla –dijo solemnemente, mientras la madre alzaba resignada la vista al cielo.

Los dos se unieron a la comitiva de dignatarios guiada por Minervio, que recorrió la calle hasta que llegó a la altura de la puerta de entrada principal. El ministro subió a la tribuna y de su séquito solo Constantino se acercó para seguirle. La madre apenas trató de retenerlo, pero el niño se escurrió con decisión y ganó la rampa de acceso, donde dos soldados le bloquearon el camino cruzando las lanzas. Pero el chico no se dio por vencido, se agachó y rodó a través de la parte inferior de la X, escapando después cuando lo intentaban apresar y llegando hasta Minervio. El padre de Minervina se lo encontró por sorpresa a su lado, pero se limitó a sonreír y le dejó quedarse allí.

Los demás permanecieron junto a la puerta esperando con impaciencia. Desde lo lejos llegaba el sonido de la batalla, pero enseguida Minervina empezó a oír la rítmica marcha de sandalias tachonadas de clavos y el estruendo cadencioso de los cascos de caballos, cada vez más cerca de la muralla. La tensión creció entre los presentes. Incluso el padre, observó la niña, apretó los puños, revelando un evidente nerviosismo.

Solo Constantino permanecía impasible, observando con un interés casi profesional la que debía de ser una columna de legionarios y caballeros acercándose a la ciudad. Minervio, en cambio, sacudía los brazos para llamar la atención de los soldados. Cuando ya podían escucharlo, Minervina lo escuchó darles la bienvenida e informarse de quién guiaba la columna, deshaciéndose en una larga serie de elogios hacia el vencedor. El ministro dio orden de abrir las puertas, pero Constantino le tiró de la manga y sacudió la cabeza con una señal de negación. Luego el niño bajó la rampa y fue hasta los guardias de la entrada, gritando:

–¡No abráis, no abráis! ¡Los primeros de las unidades en cabeza agarran las astas de las lanzas con fuerza! ¡No es seguro!

Los soldados se lo quitaron de encima de un empujón y Minervio lo miró enfadado. Las pesadas puertas se abrieron con un chirrido inquietante que Minervina entendió inmediatamente como un oscuro presagio de la muerte. De repente sintió que la invadían los mismos temores que habían asaltado a su joven amigo Constantino.

Pero solo a ella. A su alrededor vio que todos, el personal de corte, los mismos habitantes de la ciudad, las familias de los generales parecían tranquilos, reconfortados por la seguridad de Minervio, y se amontonaban a los lados de la calle, impulsados por la curiosidad de asistir en primera fila a la entrada triunfal del ejército vencedor. Instintivamente, la joven dio unos pasos atrás, mientras la madre intentaba agarrarla de la mano y llevarla más cerca de la entrada. La mujer la miró sorprendida

y ella negó con la cabeza; la invadía una sensación de angustia. Mientras tanto, observó que Constantino cogía a la madre del brazo e intentaba llevársela de allí. Elena lo miraba atónita y mostraba resistencia, pero al final no pudo hacer nada contra la férrea voluntad del hijo, que por lo menos consiguió mantenerla a cierta distancia de la entrada.

Y por fin, por la puerta irrumpió la cabeza de la columna, al frente de la cual iba el que debía de ser un gran general, con casco emplumado, amplia capa, coraza taraceada, sobre un imponente caballo blanco. Iba rodeado de guerreros de mirada severa y aspecto salvaje, vestidos con pieles y curiosos gorros, además de portar armas poco habituales. A lo mejor eran los que habían asustado a Constantino, pensó Minervina.

El general dijo que se llamaba Osio, enviado por el Estado Mayor del emperador Diocles para tomar posesión de la ciudad. Después de preguntarle a Minervio cómo se llamaba y qué cargo tenía, mandó que le presentaran a todos los ministros y al personal de la corte, que entre tanto se habían aglomerado detrás del padre de Minervina. El senador Claudio Martiniano, a quien Minervina conocía como un buen amigo de su familia, avanzó hacia él para invitarlo a bajar del caballo y a seguirlos hasta palacio para el traspaso de poderes.

Osio lo miró fijamente un largo rato y después un destello cruel le centelleó en los ojos. Levantó el brazo y uno de los guerreros que tenía a su lado arremetió contra Martiniano, que estaba a unos metros de distancia, clavándole el arma en el pecho con tanta violencia que la punta salió por la espalda. Y mientras el senador caía al suelo en mitad de un silencio fantasmal, levantando una nube de polvo, otro guerrero desenvainó una extraña espada curvada, espoleó el caballo para que avanzara unos pasos, se abalanzó sobre Minervio y le propinó un golpe secó que le separó al instante la cabeza del cuello. Horrorizada, Minervina la vio rodar hacia ella por la tierra batida de la calle como si fuera una pelota. Se le ocurrió pensar que el padre quisiera despedirse por última vez acercándose a ella con lo que quedaba de él, mientras su cuerpo decapitado caía lentamente sobre sí mismo. Se aferró instintivamente a la madre, a la que sintió rígida como el mármol y sin hallar alivio en ella. De inmediato, los ojos se le empañaron de lágrimas y el estómago se le contrajo en un nudo intenso.

Solo entonces, mientras los guerreros de Osio se dispersaban en todas direcciones, ocasionando cortes con espadas cada vez más rojas y chorreando cada vez más, los allí presentes empezaron a gritar.

Y a escapar.

Altercados. «En la ciudad está ocurriendo algo inesperado», pensó Sexto Martiniano poco después de haberse detenido con su unidad a poca distancia de las murallas de Margum. El joven recluta ocupaba el puesto de cola en la columna y no podía ver qué estaba pasando. La unidad en cabeza de la legión de Diocles era la única que había cruzado la entrada, mientras que la que había sido de Carino antes de rendirse la habían dejado de reserva. Las puertas habían sido abiertas de forma pacífica, después de un intercambio cortés, y por lógica, no tendría que haber pasado nada; solo parecía un trivial traspaso de poderes. Sin embargo, desde el interior de la ciudad llegaban chillidos horripilantes, de miedo y de dolor.

De muerte.

Le extrañó que alguien se hubiera atrevido a mostrar resistencia. El resultado de la batalla ya era obvio: el emperador había caído, y Diocles tenía el imperio en sus manos. Si los soldados de Carino se habían rendido, no había razón por la que no lo hicieran los civiles, aunque fuesen los altos dignatarios comprometidos con el abominable régimen del soberano asesinado. A fin de cuentas, cuando Osio vino a retirar su unidad, manifestó que necesitaba una legión del ejército derrotado para demostrarles a los habitantes de Margum que no tenían intenciones hostiles.

Pero en cuanto abrieron las puertas, las cosas no fueron como se había previsto, estaba claro. Y ahora, Martiniano temía por su padre, que se contaba entre los personajes más influyentes que había dejado el emperador en la ciudad.

Salió de filas y fue hasta su legado.

–General, ¿qué está pasando? –le preguntó.

El hombre lo miró de reojo, escandalizado porque un soldado raso, por otra parte un recluta tan joven, osase dirigirse a él directamente. Luego reparó en que tenía delante al hijo de un reputado senador y cambió de actitud

–No lo sé. Es más, estoy tratando de entenderlo. He mandado a un escolta para que se informe –respondió.

–Tal vez deberíamos acercarnos a la puerta –se aventuró Martiniano.

–Hemos recibido la orden clara de mantenernos en la fuerza de relevo. Hasta nueva orden… –respondió con sequedad el comandante.

–¿Qué nueva orden? ¿No ve que está sucediendo algo? ¡Debemos intervenir! –estalló el joven.

Al general se le cambió la cara:

–Si crees que ser hijo de un senador te da derecho… –contestó.

Pero justo en ese momento apareció el escolta al que había enviado a la muralla. Ambos dirigieron su atención al soldado.

–Legado, parece que los dignatarios de la corte han elegido un nuevo emperador en lugar de Carino y se preparan para atacar la columna. Osio está ejecutando a todos los que han participado en la conspiración. Pero los habitantes también se están viendo involucrados… –dijo el hombre.

Martiniano quedó desconcertado. Si era verdad, el padre no tenía nada que ver. O había ocultado sus intenciones. Pero le pareció extraño; Claudio Martiniano siempre había sido un político prudente y de ninguna manera habría promovido una elección que no tuviera ningún apoyo ni posibilidad de sobrevivir a la victoria de Diocles.

«Pensándolo mejor –pensó–, nadie podía estar tan loco como para organizar una conjura tan absurda». Así pues, Osio se había creado un motivo para hacer lo que le convenía.

–No es posible. ¡Tenemos que entrar a detener la masacre! –le protestó al legado.

–No haré tal cosa. ¡Que se las arreglen ellos! –fue la respuesta impasible del general.

Martiniano no se contuvo y lo agarró por el borde de la túnica.

–¡El senador Claudio Martiniano podría acabar en mitad de esos altercados! –le gritó en la cara–. ¡Sería una pena para ti si se enterara de que no has hecho nada para ayudarle!

La velada amenaza pareció surtir efecto. En el imperio las relaciones personales con los poderosos contaban más que cualquier puesto o circunstancia. El legado resopló.

–Como quieras, ¡por Mitra! –dijo al fin–. ¡Centurión, coja su unidad y vayan a proteger la ciudad! –le espetó al superior directo de Martiniano.

El joven recluta no tardó en flanquear al oficial a la cabeza de la centuria, que recorrió toda la columna a buen ritmo hasta que llegó a la altura del portón. Los batientes estaban cerrados y custodiados. Por el hueco que quedaba en medio se podían ver figuras retorciéndose, a caballo y a pie, espadas que giraban, lanzas que salían disparadas. Le exigió al centurión que entrara.

–¡Debemos intentar mantener el orden! ¡Deprisa! –gritó, y el oficial no se hizo de rogar.

Con toda probabilidad él también tenía algún amigo, o incluso una amante, dentro de la ciudad.

Cargaron sobre los soldados que vigilaban la puerta y a continuación el

oficial les ordenó a sus soldados que ampliaran un poco el espacio entre las hojas y cruzó la entrada, seguido inmediatamente de Martiniano y un puñado de hombres. El espectáculo ante el que se encontró el joven lo dejó consternado. A lo largo de la calle y a ambos lados de esta yacían decenas de cadáveres, muchos de los cuales estaban decapitados. Pocos tenían una armadura; la mayoría eran civiles. Vio a mujeres que lloraban sobre los cuerpos de los hombres, a los heridos arrastrarse por el suelo dejando una estela de sangre, niños que deambulaban llorando entre los muertos, llamando a sus padres, mujeres que buscaban a sus hijos, mientras los bárbaros mercenarios del ejército de Diocles se movían de un extremo al otro de la calle para cercar a todo aquel que se encontrase en la zona.

Osio se había quedado al margen, rodeado por sus guerreros, contemplando con aparente satisfacción la carnicería, sin tomarse la molestia de interrumpirla, a pesar de que hubiera mujeres y niños implicados. Estaba utilizando a sus bárbaros para llevar a cabo la matanza, pues no habría encontrado a ningún romano dispuesto a hacerlo.

Su padre. Tenía que buscar a su padre. Escuchó que el centurión le gritaba a la unidad que se mantuviera unida y cerrara filas, y luego creara un cordón para proteger a los civiles de las correrías de los bárbaros, pero él lo ignoró y se puso a darle la vuelta a los cuerpos que vestían las prendas más valiosas. Buscó la banda laticlavia de senador en la toga de los cadáveres, suspirando de alivio cada vez que comprobaba su ausencia. Tuvo que evitar un par de veces los cascos de los jinetes bárbaros, que seguían correteando por todas partes, ignorados por su comandante. Quedaba aún algún dignatario que intentaba huir de sus espadas. Pero Claudio Martiniano ni siquiera se encontraba entre esos.

El joven empezaba a tener la esperanza de que el padre se hubiera resguardado a tiempo en el palacio, cuando una niña rubia que lloraba abatida encima de dos cadáveres llamó su atención. Motivado por el instinto natural de protección, no pudo evitar aproximarse. El cadáver del hombre sobre el que estaba tirada la niña era el de un alto dignatario sin cabeza, y a unos metros de este yacía el cuerpo de una mujer. Aquella joven debía de ser la hija de un alto mandatario, tal vez el del presunto usurpador. Se fijó mejor; no, no era tan joven. Era una adolescente, quizá tuviera trece años, catorce años, y era preciosa. Sus ojos azules, profundos y vivaces no parecían apagados ni bañados en lágrimas.

–¡Aléjate, aquí corres peligro! –intentó agarrarla de la mano arrodillándose sobre ella. En ese preciso instante, un caballero pasó raudo

junto a ellos y las pezuñas de su montura le rozaron la cabeza a la niña. De forma instintiva, ella se tiró entre los brazos de Martiniano y estalló en un llanto irrefrenable.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó el joven, que empezó a acariciarle su hermoso cabello, suelto sobre los hombros después de perder el elaborado peinado característico de las mujeres de su clase social.

–Mi… Minervina –respondió sollozando la joven, lo que le permitió a Martiniano saber de quién era hija. Minervio era amigo de su padre y el estómago le dio un vuelco.

–Yo soy Sexto Martiniano –le respondió intentando que no se notara que estaba inquieto–. Soy el hijo de Claudio Martiniano. ¿Te acuerdas de él? Es amigo de tu padre… –Mientras tanto, la levantó en brazos para llevarla tras el cordón de soldados de su unidad.

La joven seguía sollozando. Después de caminar unos metros, se detuvo y señaló con mano trémula un cadáver que estaba a poca distancia del de sus padres. Martiniano no lo había visto porque estaba demasiado cerca de Minervina, que le había llamado la atención.

Vio que tenía la banda laticlavia.

CAPÍTULO II

Londres, Britania, 296

Desde que se había levantado, Minervina seguía sentada en la cama mirando la carta. Aquella carta. El documento que condenó a su padre, al revelar sus ansias de poder. Con frecuencia, desde hacía once años, en los momentos en los que se quedaba a solas, la sacaba del aparador y la observaba, tratando de distinguir las huellas del padre que perdió cuando era niña. Se la había pedido a Osio, su antiguo tutor, que la había robado de la documentación oficial para agradarla y le había permitido quedarse con ella. Y ella, desde hacía mucho tiempo ya, había aprendido de memoria su contenido, sin poder reconocer en el autor de la misiva –un hombre sin escrúpulos y ambicioso que se afanaba por llegar a ser emperador en lugar de Carino– al padre pusilánime y prudente que recordaba haber conocido. E incluso ahora que era una mujer casada con un emperador, no se podía creer que la hubiese escrito Minervio. Pero Osio sostenía que había sido un traidor, y Osio siempre había sido bueno con ella.

Por otra parte, no había razón alguna para que mintiera. Se había ocupado de ella después de la masacre en la que dieron muerte a sus padres, la había cuidado, criado, había pensado en su educación, la había convertido en una matrona culta y deseada por muchos de los herederos de la aristocracia de la provincia. Sin él, habría sido una niña abandonada, sin familia y sin dinero, después de la confiscación del patrimonio de Minervio como traidor. No le hubieran quedado otros parientes a los que acudir, y si no hubiera sido por él, que la tomó bajo su protección en Margum, habría acabado sin duda siendo una esclava. O quizá, en el mejor de los casos, pariendo hijos para algún vulgar granjero del Danubio.

Sin embargo, ahora gracias a él era incluso emperatriz.

Osio, de hecho, hasta le había buscado un marido que, por azares de la vida, había ascendido hasta el cargo más alto del Estado. Todavía no se

lo creía; había pasado hacía pocos días, aunque a Minervina le costaba comportarse de forma distinta a como había hecho en el pasado. Su cónyuge, Alecto, le había dicho –y Osio se lo había confirmado– que los soberanos debían mantener una actitud distante de sus súbditos, mantener la quietud el mayor tiempo posible y, si acaso, moverse muy despacio, evitando arrebatos, articulando las palabras, manteniendo siempre una posición más elevada con respecto a cualquier interlocutor y evitando mirarle a los ojos. Eso hacía Diocleciano, el augusto anciano, y con esa actitud se habían conformado todos los demás soberanos y aquel complicado sistema de gobierno, al cual llamaban tetrarquía, instaurado desde hacía tres años, para defender el imperio de las invasiones de los bárbaros: en Oriente el augusto Diocleciano con un emperador subordinado, el césar Galerio; en Occidente el augusto Maximiano con su césar, Constancio Cloro. Cuatro soberanos, a los que se habían sumado otros dos, elegidos por los soldados: Domicio Domiciano en Egipto y, en su día, Carausio en Britania.

Minervina estaba segura de que sobre todo este asunto sobrevolaba la zarpa de Osio. Alecto no había manifestado propósitos tan ambiciosos, hasta ahora, satisfecho con su función de ministro de Hacienda del emperador Carausio, que le permitía enriquecerse demanera desmesurada sin exponerse demasiado al reproche de los tetrarcas, considerados por la mayoría los únicos soberanos oficiales del imperio.

Pero Carausio, le explicaron Alecto y Osio, había resultado ser un incompetente por dejar que el césar Constancio Cloro le arrebatara toda la Galia, y los soldados querían su muerte. Alecto era el personaje de mayor prestigio en la isla y Osio le había pedido que vistiera de púrpura para poder tratar con Maximiano y Constancio Cloro, con el objetivo de conseguir ese reconocimiento oficial que su predecesor no había tenido nunca. Minervina respondió que aquello podía ser peligroso. A fin de cuentas, todos los emperadores morían de muerte violenta, al menos en las últimas décadas. Pero Alecto la tranquilizó: no había ningún riesgo de que Constancio y Maximiano fueran a Britania. Tenían sus problemas en el continente, con los bárbaros presionando por toda la frontera, y si en nueve años de régimen de Carausio ni siquiera habían intentado una invasión de Britania, no había motivo para que lo hicieran en el futuro. Concluyó que, aunque no lo reconocieran como emperador adjunto, no podrían impedirle ejercer sus funciones.

Minervina colocó la carta en el aparador. Era hora de dejar los malos recuerdos atrás y mirar hacia delante. Si bien la parte del imperio que

administraba su marido era ridícula, como mujer de un soberano tenía muchas responsabilidades y era el momento de concentrarse en su nuevo papel. Por suerte, Osio estaba ahí para aconsejarla. Osio no la había abandonado nunca, llevándola con él a todas partes: primero a la Galia, donde acompañó a Maximiano tras la victoria de Diocleciano en Margum, y después a Britania, donde vio nuevas oportunidades de carrera con Carausio. Seis años antes había hecho que se casara con Alecto, entonces desconocido senador britano, y la elección había resultado ser un buen partido: su carrera había sido rápida y prestigiosa y ella no tenía nada de qué lamentarse. Alecto era mucho más anciano que ella y los hijos no habían llegado, pero siempre la había tratado con respeto. Minervina entendía que debía haber algo más entre un hombre y una mujer, su cuerpo se lo sugería cuando, después de tener relaciones con el marido, quedaba con una sensación de insatisfacción que aplacaba ella sola. Pero, al contrario que otras damas, no recurría a esclavos o gladiadores para apagar sus deseos. Alecto la amaba y ella se hubiera sentido culpable si hubiese acogido a otro hombre en su lecho.

Además, temía decepcionar a Osio.

Con mayor razón, ahora como emperatriz sería irreprochable. Había otras cinco emperatrices, pero ella seguía siendo una de las damas principales de Roma, una de aquellas sobre las que recaían las miradas de todos. La gente establecería quién era la más hermosa, la más elegante, la más generosa, y ella tenía la intención de mostrarse a la altura de las expectativas, cuando no de vencer la competición. Y colaboraría con su marido para que obtuviera un reconocimiento oficial, para que un día pudieran permitirse salir de Britania y volver a la ciudad que daba nombre al imperio.

Nadie consideraba ya Roma como la capital y menos aún el centro del mundo. Era la sede principal de Maximiano, pero no la única, y el soberano más importante, Diocleciano, residía en Nicomedia, Constancio Cloro en la Galia y Galerio en Tesalónica. Luego estaban Domicio Domiciano en Alejandría y el mismo Alecto en Londres. Pero ella nunca la había olvidado. Allí había vivido sus primeros trece años y soñaba con volver un día, al menos de visita, a respirar el ambiente caótico al que se había acostumbrado de pequeña, a las calles de tantísimos colores, la majestuosidad de edificios con una historia de siglos de antigüedad a sus espaldas, las antiguas ruinas que le hablaban de gestas épicas, de hombres extraordinarios, de aflicciones, alegrías y acontecimientos y acuerdos que habían decidido el destino del mundo durante mil años.

Además, Roma era también el centro de la religión que más le atraía de entre todas las que circulaban por el imperio. De hecho, los cristianos parecían haberla elegido su capital, aunque otras sedes metropolitanas le disputaban el liderazgo. Concebido como un credo para pobres, el cristianismo estaba extendiéndose también entre las clases más altas, y Minervina había podido hablar de ello a menudo con otras damas sin prejuicios. Osio, que sin embargo no parecía poseer una fuerte sensibilidad religiosa, sostenía que su fuerza motora le permitiría suplantar en poco tiempo todas las demás religiones, y nunca había frenado su deseo de profundizar en su conocimiento. El marido, por su parte, creía firmemente en los antiguos dioses tradicionales que habían acompañado a Roma en su ascenso, mientras que Carausio y su adversario, Constancio Cloro, eran seguidores del Sol Invicto, una entidad indefinible y bastante abstracta para ella que no alcanzaba a comprender. Mucho más clara y accesible a su pensamiento era la imagen del dios cristiano, que había mandado a su propio hijo a la tierra para inmolarse y reunir en él todos los pecados del mundo y redimir a la humanidad, permitiéndole acceder al reino de los cielos en el final de los tiempos.

Los cristianos eran más buenos que los demás, era algo que había observado al profundizar en su religión. Practicaban la caridad con los necesitados, se ayudaban los unos a los otros, habían sido martirizados en el pasado por emperadores extremadamente intolerantes sin mostrarse rebeldes y sin reaccionar de otro modo que alabando a su dios. Predicaban sobre todo el perdón, «ponían la otra mejilla» a quien les hacía daño. Para ella era suficiente para elevarlos por encima de quien creyese en dioses punitivos y vengadores. Sí, era la religión que necesitaba ella y no le gustaba que allí, en Britania, pocos la profesaran.

La mujer despertó de sus pensamientos y decidió que ya era hora de vestirse; hacía tiempo que el sol brillaba alto en el cielo. Estaba a punto de levantarse de la cama cuando oyó alboroto en casa. Poco después, su marido irrumpió en el cubículo. De repente, le pareció mucho más anciano de sus 50 años.

–Debemos despedirnos, querida. Constancio Cloro ha zarpado desde las costas de la Galia. Nos vemos obligados a hacer frente a una invasión –anunció con la voz rota por el abatimiento.

Y a Minervina se le vino abajo el mundo.

En cuanto Sexto Martiniano puso pie en las aguas que bañaban el litoral de la Britania meridional, una flecha pasó rozándole el yelmo, siseando

como una serpiente ansiosa por inyectarle su veneno. A pesar de todo, comprendió de inmediato que sería una empresa dura.

El prefecto del pretorio, Asclepiodoto, que comandaba la mitad de la flota en la que se encontraba Sexto, no se esperaba desembarcar sin oposición. Alecto tenía sus espías en el continente, y no podía concebirse que no estuviese listo para hacer frente a la invasión que el césar Constancio Cloro llevaba tanto tiempo preparando. Precisamente por esto, los comandantes habían decidido dividir la flota y desembarcar en distintos puntos de la isla. Por lo menos, el usurpador, una vez se conocieran los movimientos del enemigo, se vería obligado a dispersar a sus tropas para proteger los posibles puntos de atraque. Así que Asclepiodoto se había dirigido hacia el sur y Constancio al norte.

Otra flecha alcanzó en el ojo al compañero que tenía más cerca, haciendo que cayera sobre él con un aullido desgarrador. Martiniano perdió por un instante el equilibrio y tuvo que apoyar la rodilla en el lecho marino y luego volvió a ponerse en pie. Miró a su alrededor para ver si los enfermeros estaban a su alcance y luego sostuvo al soldado, que se debatía en el agua con el rostro transformado en una máscara de sangre. Esperó un momento hasta que llegaron para socorrerle y luego volvió a avanzar. Después de avanzar unos metros llegó a la orilla, dándole gracias a los dioses por poder al fin correr sin ser frenado por el agua, convirtiéndose tal vez en un objetivo menos fácil para los oponentes.

En cuanto estuvo más cerca de las defensas del enemigo, trató de comprender mejor qué era lo que le esperaba. Los hombres de Alecto se habían colocado detrás de una línea de rocas, troncos de árboles y arbustos apilados de manera apresurada para crear una suerte de barrera. Aunque el usurpador había sido informado de la empresa de Constancio, no le había dado tiempo a actuar mejor. Los invasores, alentados por aquellas modestas defensas, corrían entusiasmados dejando atrás a sus oficiales, a pesar de la lluvia de flechas cada vez más densa, rota en ocasiones por la caída de las rocas lanzadas desde las catapultas.

Sin embargo, el tramo que había que recorrer era amplio y abierto. Los arqueros de Alecto podrían darse alguna satisfacción antes de permitir que los invasores atacaran la barricada. Si hubiera sido un oficial superior, Martiniano les habría ordenado a los hombres que formasen en tortuga en vez de atacar en masa, como bárbaros, a medida que alcanzaban la playa. Pero no era oficial. La muerte de su padre en Margum, once años antes, lo había dejado sin un protector de prestigio, y las protestas que le dirigió a su asesino, el legado Osio, le valieron el anonimato entre las

filas del ejército durante años, hasta que su reconocido valor en campañas posteriores le brindó al menos el rango de *optio*.

No le quedó otra que secundar el espíritu combativo de los miembros de su unidad y correr aún más rápido para no quedarse atrás. Pero cuando avanzó unos metros, observó que la arena que había en la parte delantera de la barricada estaba muy removida y entendió que sus rivales no se habían limitado a realizar únicamente la barricada a toda prisa. Les gritó a sus hombres que prestaran atención justo cuando uno de los que estaban más cerca del enemigo desapareció de repente bajo la tierra. Los que iban detrás se quedaron congelados, convirtiéndose en un blanco fácil para los arqueros, que abatieron a dos. Pronto otros soldados fueron tragados por la tierra, mientras que los compañeros se detenían para no acabar de la misma forma. Y quien no tenía la precaución de oponer el escudo al tiro enemigo, se veía con una flecha en la garganta sin ni siquiera haberla visto venir.

–¡Al suelo! –gritó Martiniano cuando llegó a la altura de las primeras fosas.

A continuación, se tiró a la arena, justo a tiempo para evitar una flecha que le pasó silbando por encima de la cabeza, se arrastró hasta el borde y echó un vistazo al interior: un soldado colgaba en el vacío, suspendido sobre un poste afilado que lo había atravesado, asomando la punta ensangrentada y repleta de vísceras hacia el rostro del *optio*.

Las flechas le seguían rozando la punta del casco. A su espalda, gritos de dolor: las flechas habían encontrado un blanco. A su lado, un recluta aterrorizado bajó a la fosa para evitar acabar como el compañero. No, aquello era intolerable; le llamó la atención y le ordenó que volviera arriba, señalándole la primera línea con la expresión más agresiva que pudo adoptar. Fue entonces cuando el soldado se percató de la presencia del oficial y pareció avergonzarse por haber demostrado cobardía ante sus ojos. Con la actitud de un condenado a muerte, remontó la pared y, tras moverse a gatas por el borde, se armó de valor y se puso en pie.

Martiniano le instó a seguirle y juntos reanudaron la marcha. Frente a ellos, las fosas que habían quedado al descubierto por la caída de un legionario se alternaban con los cadáveres atravesados sobre la arena o con los heridos que se arrastraban con flechas en el cuerpo para ponerse al resguardo de la flecha mortal. El recluta volvió a sentir miedo al ver la carnicería de compañeros a su alrededor, y disminuyó el ritmo vagando sin rumbo. Martiniano no pudo culparlo. Él, en todos los años que llevaba en el ejército, nunca se había expuesto de forma tan

directa al peligro, avanzando en campo abierto contra un adversario imperceptible, sin el apoyo de los compañeros a su lado, como solía ocurrir en las batallas con los legionarios que luchaban codo con codo. Y también él experimentaba una sensación de abandono, de condena como si tuviera que ir al encuentro de un destacamento encargado de ejecutarlo. Formar parte de una falange cohesionada por la que uno se sentía instintivamente protegido, se daba cuenta ahora, era la única manera de controlar el miedo.

Se acercó al muchacho. Aquel recluta, a fin de cuentas, le despertaba ternura. Pero un momento antes de que pudiese agarrarlo por un brazo, una enorme mole oscura se lo llevó sin hacer ruido. Miró en la dirección por la que había desaparecido y vio la roca de una catapulta unos metros por detrás de él, con lo que quedaba del recluta reducido a una papilla sanguinolenta, aplastado contra el suelo por el peso.

Escuchó que alguien lloraba. Otro joven soldado había caído de rodillas poco más allá de la roca, abatido con las manos en el casco. Otra roca cayó a poca distancia de ellos y un momento después, un hombre se desplomó en el suelo sin una pierna. Se miraba incrédulo el muslo mutilado sin entender cómo había ocurrido. Mientras tanto, gritos de ánimo se entremezclaban con los de dolor; con sus bastones, los centuriones exhortaban a los soldados a avanzar, pero no había ningún atisbo de cohesión. Cada uno corría en base al valor del que disponía, más que a sus fuerzas, y los oficiales no eran capaces de mantener unidos a hombres de la misma unidad.

Martiniano no tardó en darse cuenta de los daños que aquel caos provocaba en las filas del prefecto del pretorio. Los más rápidos y decididos llegaron demasiado aislados frente a la barricada, y acabaron siendo una presa fácil del enemigo, al que le bastaba con extender las lanzas más allá de la protección para dar en un objetivo. El triste final de aquellos valientes hizo que los que les seguían perdieran toda convicción al instante. Los demás aflojaron el ritmo y los defensores tuvieron todo el tiempo de apuntar. Rápidamente, una ráfaga de flechas acribilló a todo aquel que no había tenido el sentido común de continuar corriendo.

Martiniano empezó a perder toda esperanza de que la operación de desembarque pudiera tener éxito. No había manera de saber cuántos soldados había apostado Alecto tras al parapeto, pero parecía que era suficiente un puñado de hombres para repeler el ejército invasor. Confiaba en que las cosas le estuvieran yendo mejor al césar por el norte. Después se decidió a hacer valer su rango, gritándoles a todos los que

estaban a su alrededor que formaran una columna con los escudos sostenidos hacia delante y que comenzaran a avanzar en dos filas, para ofrecerle una menor amplitud de objetivo al enemigo y ganar mayor fuerza para la penetración. Cogió por los brazos o por la túnica a todos los que tenía a su alcance e intentó que formaran, pero las flechas continuaban silbando entre las filas y nadie estaba en condiciones de mantener la posición. Además, en un momento perdió a tres hombres, a los que los arqueros de Alecto alcanzaron de forma impecable. Al final se vio obligado a renunciar, maldiciéndose por la frustración. A esa altura, no veía de qué otra manera podían los hombres del prefecto entrar en contacto con el enemigo. Pero debía cumplir con su deber; suspiró profundamente y se preparó para recorrer el último tramo que lo separaba de la barrera.

Luego escuchó retumbar las trompetas tras él. Se volvió y vio a los soldados avanzar en columna, a paso ligero manteniendo al mismo tiempo las filas cerradas y los escudos apoyados unos sobre otros; era la guardia de Asclepiodoto.

Los pretorianos.

Cuando vio llegar al césar Galerio con su ejército, Constantino sabía que los dos emperadores, con sus fuerzas por fin reunidas, se apoderarían de Alejandría. Diocleciano, como se hacía llamar Diocles desde la época de su ascenso al trono, les hizo una señal a él y a todos los miembros de su Estado Mayor para que avanzaran a su lado. El joven hijo de Constancio Cloro trotó en su caballo y se detuvo al lado de Licinio, el oficial más detestable entre los colaboradores del emperador. Después se escrutó el horizonte, viendo cómo se distinguían cada vez mejor las siluetas de los soldados, con el césar a la cabeza de la columna.

Vio que la columna que avanzaba a lo largo de la orilla del mar en dirección a su encuentro era muy pobre.

–Serán unos dos mil hombres. ¿Qué hacemos con ellos? –dijo Licinio dirigiéndose al oficial apostado al otro lado de Constantino, un hombre cuyo nombre era Severo; nunca se dirigía a él, ni siquiera se dignaba a mirarlo. En cambio, a Severo parecía que le caía bien el joven.

–Tal vez el emperador no ha querido desguarnecer la frontera con el imperio persa. Con la derrota recién sufrida en Calinico por el césar Galerio, desplazar tropas a Egipto le habría dado al enemigo la oportunidad de invadir Siria –consideró Severo, dirigiéndose también a Constantino.

–Ah, entonces más hubiera valido que el césar se quedara allí. Aunque,

a juzgar por los resultados, no habría ayudado mucho… –respondió Licinio encogiéndose de hombros.

Eran las mismas preguntas que se estaba haciendo Constantino. La rebelión en Egipto había estallado durante el intento de invasión de los persas en Siria, que Galerio había intentado bloquear cobrándose por el contrario una tajante derrota, mientras Constancio Cloro intentaba poner fin a la usurpación en Britania. Al parecer, cuatro emperadores no eran suficientes para evitar la amenaza de las rebeliones: la tierra de los faraones había coronado a un tal Lucio Domicio Domiciano, y desde hacía ocho meses, Diocleciano llevaba a cabo una campaña por todo el Nilo para devolver a la obediencia las ciudades rebeldes. Las había reconquistado y destruido una a una, pero la capital resistía a pesar del cerco y del corte de los acueductos. Mientras tanto, el calor de principios de verano empezaba a cosechar las primeras víctimas entre las tropas de asedio.

Si Alejandría no caía en pocas semanas, Diocleciano tendría que volver a su capital, Nicomedia, con la cola entre las piernas, y su prestigio se vería afectado. Y si el prestigio del emperador más respetado quedaba minado, lo quedaría el de toda la tetrarquía. Constantino se daba cuenta de que, en ese caso, los usurpadores lloverían con una frecuencia aún mayor y el sistema ideado por Diocleciano colapsaría. Galerio, con su derrota, ya había pensado en darle un duro golpe al órgano imperial; otro fracaso habría representado el golpe de gracia, ya que el éxito de la empresa de Constancio Cloro en occidente no era, ni mucho menos, algo seguro.

Se preguntó, como hacía a menudo, si un día formaría parte de la tetrarquía; no era más que el hijo bastardo del actual césar de occidente, pero tenía pensado llegar lejos y conquistar la confianza de Diocleciano, igual que habían hecho su padre, Maximiliano y el mismo Galerio. Sabía que estaba a la altura, y no podía esperar para demostrarlo. Formar parte del Estado Mayor imperial con apenas veinte años, por ser hijo de Constancio, le daba la oportunidad. Pero era también consciente de estar con el emperador como rehén tácito, para que al césar no se le pasara por la cabeza sobrepasar su función, la cual debía estar siempre subordinada a la de los emperadores.

Constantino se preguntó asimismo por qué Diocleciano había querido encontrar al césar a una milla de distancia de Alejandría. Le parecía curioso que el emperador más importante se dignara a ir al encuentro del subordinado. Pero cuando empezó a distinguir los rasgos toscos y

robustos del césar, pensó que pronto descubriría el motivo del extraño comportamiento del emperador.

Galerio avanzaba con la cabeza agachada mientras Diocleciano estaba erguido en la montura y lo miraba fijamente sin decir una palabra. El césar esquivaba su mirada, y su expresión estaba lejos de ser aquella segura y distante típica de un soberano. Constantino se dijo a sí mismo que no aparecería nunca así en público cuando llegara a ser emperador. No obstante, le pareció extraña aquella actitud de renuncia por parte de un hombre que disfrutaba la fama de un valor admirable. Debía de estar condicionado por la vergüenza tras su derrota. Cuando llegó en presencia de Diocleciano, Galerio levantó el brazo en señal de saludo.

–Ave, augusto Cayo Aurelio Valerio Diocleciano. Tengo el placer de poder felicitarle por el feliz desarrollo de la campaña, y me honra que quiera tenerme a su lado para conquistar la capital –declaró en voz alta, para beneficio de los presentes.

Diocleciano esperó unos instantes antes de responder.

–Ave, césar Cayo Galerio Valerio Maximiano. Nosotros, por el contrario, no podemos felicitarle por el resultado de su campaña. Además, le in vitamos a bajar del caballo cuando hable a su señor –dijo con frialdad.

De repente el aire se volvió pesado. Constantino se sintió desorientado. Diocleciano había llegado hasta allí con su Estado Mayor y la escolta, mientras que a Galerio le acompañaban unos dos mil hombres. Provocarlo podía ser peligroso. De hecho, el César no se movió y su expresión se volvió más dura.

–Te hemos ordenado que bajes del caballo, césar –reiteró Diocleciano en voz baja para que solo lo oyera su Estado Mayor–. Haz lo que te decimos y volveremos a ser compañeros y parientes como si nada hubiera pasado. Iniciar batalla en inferioridad numérica es de locos, y nos ha costado muchos soldados valerosos. No nos hagas pensar que le hemos entregado nuestra hija a un idiota… Y no pienses que nosotros lo somos, considerando que no tenemos medios para obligarte a acatar nuestras órdenes.

Galerio se estremeció por la indignación, pero evitó responder en el mismo tono. Miró a su alrededor, dirigió una mirada inquisitiva a los barcos amarrados en el tramo de mar que tenía delante y, tras un instante de indecisión, bajó de la silla.

–¡Bien! Por fin podemos irnos ya. Síguenos, hijo mío. ¡En marcha! –proclamó Diocleciano, que empezaba a trotar hacia su campamento frente a Alejandría. Galerio tuvo que seguirlo justo detrás de la cola del

animal, rodeado por los guardaespaldas del emperador, mientras su ejército también se ponía en movimiento. Poco después, desde los barcos se oyó un toque de trompeta e inmediatamente una lluvia de flechas cayó un poco más allá de la orilla, no muy lejos de la columna de Galerio.

–¿Has visto? El emperador ha querido demostrarle al césar que lo tiene en la palma de la mano –comentó Severo con Constantino.

–Y yo que pensaba que estábamos solo nosotros… –dijo el joven.

–Yo también, pero no me he preocupado –asintió Severo–. Diocleciano no es un incauto como Galerio y nunca habría venido a este encuentro sin tomar precauciones. Así quedaba también explicada la decisión del emperador de querer encontrarse con el césar a una milla de la ciudad. Quería humillarlo públicamente haciendo que recorriera a pie, detrás de él, aquella distancia…

–Pero ¿por qué hacerlo en público? Tengo entendido que Diocleciano mantiene la armonía entre los tetrarcas. Dejar ver que están en desacuerdo podría no resultar ventajoso –se preguntó Constantino.

–Sin embargo, sí es una ventaja. De esta manera deja claro ante todos que él no tiene nada que ver con la desastrosa iniciativa del yerno, y que el emperador es él; Galerio no es más que un ayudante que debe esperar su turno para sustituirle, y lo hará solo si es digno de ello. Ahora la gente, y sobre todo los soldados, saben que no hay favoritismos, ni siquiera por relación de parentesco. Así pues, su conclusión será que el sistema funciona: un subordinado del emperador se ha equivocado y lo está pagando.

Durante el trayecto, Constantino fue reflexionando. Al final, la tetrarquía era una tomadura de pelo. Solo había un emperador, como siempre había sido; la diferencia era que sus principales subordinados, en vez de llamarse «prefectos del pretorio», se llamaban augustos o césares, y tenían sus zonas de competencia. Incluso Maximiano, que aun estando a la altura de Diocleciano, estaba obligado a respetar sus normas.

Pero tenía sentido así, concluyó: si no hubiese una jerarquía, si todos fueran realmente soberanos, la guerra civil habría sido inevitable. Tarde o temprano, en realidad, alguno habría querido extender su área de competencia a costa de otro, como había ocurrido en los triunviratos tres siglos antes, y habría intentado eliminar a sus compañeros; eso había hecho Octaviano con Antonio, y antes ellos dos contra Lépido; por no hablar del conflicto anterior entre César y Pompeyo. Los gobiernos colegiados eran una tontería, y la decadencia de la república lo atestiguaba enormemente; si alguna vez llegaba a convertirse en

tetrarca, no dejaría de aspirar a ser el primero, porque el primero era el único que contaba.

El calor era asfixiante. El joven no podía evitar mirar cada vez con más frecuencia a Galerio a medida que se acercaban a la ciudad. El césar, que llegó con el equipo completo, con armadura, casco y manto encima de la dalmática y los pantalones, sudaba copiosamente, y arrastraba cada vez más los pasos. Pero Diocleciano no se giraba ni modificaba el ritmo al que trotaba su caballo. Parecía que estaba dispuesto a dejar a su yerno bajo la canícula el mayor tiempo posible. Y no aumentó la velocidad ni le mandó subirse a la silla ni siquiera cuando un escolta le dijo que los defensores habían aprovechado su ausencia para hacer una incursión.

–¡Qué hombre! ¡Qué sangre fría! ¡Así se comporta un emperador! No se ablanda ni ante un vínculo de parentesco… –exclamó, dirigiéndose a Severo. Tenía que recordar la lección para cuando le tocara a él, añadió, guardándose su opinión.